

## 1. ¿Y qué diría Dante?

*La puerta es la que elige, no el hombre.*

Jorge Luis Borges

Era más bien un portón. El número 23 de la vía Teofilo Patini de Roma. No recuerdo que el número fuese visible, recuerdo sí el temor que sentí estando allí. Cuando llegué, antes de las siete de la mañana, fui la primera persona. Poco a poco, ya casi a las nueve, lo que había comenzado como una fila, más o menos ordenada, era un mar de gente empujándose para entrar... todos extranjeros. Extranjeros «extracomunitarios» o, en palabras llanas, «no europeos». Pensé entonces que, siendo uno de los sitios más concurridos de Roma, paradójicamente, no figura en *The Lonely Planet*... ¿Cómo figurar? Siendo tan feo, tan incómodo, tan poco acogedor y estando tan lejos del Coliseo, de la Fontana de Trevi, de la Piazza Spagna y del Vaticano, y a la vez tan cerca de un campamento gitano y tan rodeado de desidia.

En las afueras del Ufficio Immigrazione de la *questura* de Roma, no hay ningún cartel que diga «vosotros los que entráis, dejad aquí toda esperanza». Sería inmoral. Esperanza es lo que le sobra, tal vez es lo único que tiene, a quien va allí para pedir asilo en Italia. Como yo, aquel 24 de julio de 2014, en pleno verano. Mi primer verano italiano.

Aquel jueves me desperté antes de las cinco. Despertarse es un decir. En realidad, casi no dormí. Habría sido más cómodo dormir en el piso que en aquel sillón-cama de resortes gastados. Claro, la angustia tampoco ayudaba. A las cinco y media era la única alma en la estación del metro Castro Pretorio, a un kilómetro de la casa de mi anfitriona, mi amiga Germana, una italiana a quien había conocido en Dublín a través de otra italiana, exnovia de un venezolano. Me subí en el primer tren del día y llegué hasta Rebibbia, la última estación de la línea B, donde tomé el autobús 437. Antes de las siete estaba allí, de pie, delante de la reja de la *questura*. No había un banco para sentarse, ni un árbol para cobijarse. El rótulo dantesco no se veía, igual se sentía. Casi se intuía. «Dejad aquí toda esperanza...».

Por cosas de la multitud y sus contorsiones, amén de mi 1.62 metros de estatura, pasé de estar al frente de la fila a estar en la mitad, nadando entre cabezas y brazos. Me habían dicho que atendían a un número limitado de personas y no entrar ese día era un lujo que no podía darme. A las nueve ya estaba adentro, en la sala de espera, junto a otras setenta personas. No aguantaba el sueño, pero estaba tranquila. Este era el punto de no retorno. Sin embargo, sentía que ese era

el camino correcto, si bien ignoraba cuán largo y arduo podía ser. Entretanto, me limitaba a hacer lo único que podía: observar a los demás.